

EL TERCER NACIONALISMO: EL GALLEGO

De los tres nacionalismos históricos y culturales, el gallego es quizás el más tardío. También es el menos ruidoso, pero no por eso desdeñable: especialmente a un año y pocas semanas de las votaciones para el segundo Parlamento territorial de Compostela y en vísperas de un año en el que sería anormal que tuviera lugar otra cita electoral.

El nacionalismo gallego merece la consideración a que es acreedor todo planteamiento político que respete la Constitución y que no pretenda que España se disuelva, ni se generen insolidaridades, precisamente en el momento de las grandes integraciones supranacionales de la CEE, del Consejo de Europa, de la OCDE o de la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

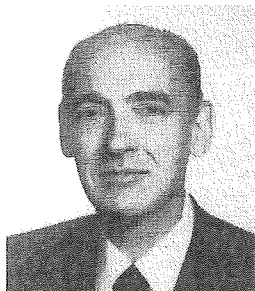
Suele decirse que el acta fundacional de la *Renaixença* cultural y política de Cataluña fue la *Oda a la Patria* de Buenaventura Aribau, compuesta en catalán y publicada en la revista *El Vapor* el año 1833, como felicitación de cumpleaños del poeta a su patrón, el banquero Gaspar Remisa.

El foralismo vasco había llegado a ser una de las banderas enarboladas por los carlistas en la primera guerra civil (1833-1839).

Después de Vergara y del primer decreto abolicionista del 41, cobraría renovada fuerza como una reivindicación pendiente, hasta dar lugar al nacionalismo, bizcaitarra en sus inicios, y luego generalizado a toda Euzkalerria.

En Galicia parece que no había sucedido nada especialmente notable en este orden de cosas hasta una revuelta «progresista» de 1846, que a diferencia de los impulsos iniciales de catalanes y de vascos, podría ser calificada de izquierdista. Los progresistas gallegos se alzaron contra los moderados de Madrid, contra el caciquismo, en favor de un cierto autogobierno y postulando para que la Constitución de 1837 reemplazase a la más conservadora del 45.

En la generación siguiente se inició el resurgimiento de la lengua como lengua literaria, principalmente en la poesía, por obra de Rosalía de Castro, de Curros Enríquez y pronto también de Pondal, entre otros nombres de menor notoriedad fuera de Galicia. Pero fue en los años de 1887 a 1892, cuando no sin cierta influencia catalana, se plantea el «regionalismo», como una reclamación de alcance político y económico. Confluían en él aguas de distintas procedencias: los ecos del generalizado federalismo español del setenta y tres,



ANTONIO
FONTÁN

el galleguismo histórico-cultural del esposo de la Castro, Manuel Murguía, y el regeneracionismo tradicionalista y económico del catedrático Alfredo Brañas. Ya en el siglo XX nacen —1918— las *Irmandades de fala*, y después se empiezan a debatir proyectos de una «autonomía integral para Galicia».

Se suceden varias promociones de brillantes escritores, cuyos nombres alargarían mucho este artículo, politizados unos, como Castelao, y consagrados preferentemente a sus tareas intelectuales otros. Obra suya es la revista *Nós*. Pronto se im-

planta en España la segunda república y, entonces, cuando la Constitución permitía regímenes autonómicos, los acuerdos entre los diversos sectores políticos y de opinión de Galicia, y de ellos con el Gobierno de Madrid, no concluyen en nada positivo, hasta que por fin en 1936 se aprueba un Estatuto poco antes del estallido de la Guerra Civil: hay que reconocer que eso ocurrió sin gran entusiasmo popular. Lo cual no hay que atribuir a falta de conciencia de la propia identidad de los gallegos, sino más bien a que entonces los españoles en general no estaban para esas cosas, como se vería enseguida el 18 de julio de 1936.

Y ahora, ¿qué ocurre en Galicia respecto del nacionalismo? Parece que todos los partidos que logran éxitos en Madrid y en Santiago quieren hacerlo suyo. La galleguización lingüística de las nuevas generaciones progresa, sin que existan de verdad situaciones diglósicas. Pero también se advierten los brotes, débiles por el momento, de un extremismo lingüístico que podría tener repercusiones políticas. Me refiero al movimiento de los «lusistas», que pugnan por introducir en la escuela una lengua nueva, una especie de *batúa* del noroeste, depurando el gallego real y transformándolo en portugués. Es una cuestión aparentemente académica, pero que podría arrastrar en su día, si prevalecieran las tesis radicales, a un portuguesismo político de consecuencias imprevisibles y en todo caso malas para la identidad y el bienestar de Galicia. La solidaridad nacional de toda España es más necesaria en Galicia que en los otros territorios de nacionalismos. Por eso allí, en Galicia, una vez abrazado el galleguismo por los grandes partidos, sería perjudicial para Galicia misma el fomento de cualquier clase de *abertzalisms* de derechas o de izquierdas. Galicia necesita una solidaridad de doble dirección —también en el plano político— entre los gallegos y los demás españoles, que beneficiará, en primer lugar, a Galicia misma.